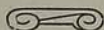




Un Sueño de Tres Siglos

Martina Barros de Orrego



**¿Quién es el verdadero autor
de las obras de Shakespeare?**

Conferencia dada en el Club de Señoras por doña Martina Barros de Orrego

Un soplo de eternidad parece haber tocado en nuestros días el corazón de los hombres, impulsándolos por sendas secretas a levantar el pasado muerto.

En las legendarias tierras de Egipto un sabio levanta la losa milenaria de los Faraones y devuelve al mundo los tesoros maravillosos de Tutankhamen. En el terreno del espíritu otro sabio investigador levanta el polvo de los libros eternos de Shakespeare y sabe encontrar la clave secreta que abre con llave de diamante el infolio trágico de las confesiones de uno de los hombres más grandes y atormentados que ha producido la humanidad: lord Bacon de Verulam.

Hace un siglo casi que se discute si Shakespeare es el autor de las obras que llevan su nombre y a pesar de lo que se ha investigado y discutido el dilema ha quedado sin solución.

Se comprende que esta duda haya nacido en vista de la magnitud de sus obras y la pequeñez de su autor, que hasta aquí se ha atribuido a lo poco que sabemos de su persona.

Henry Hallam, en su *Historia Literaria*, dice: "De William Shakespeare a quien sí se le mira al través de los personajes que su poderosa mente ha inspirado, conocemos mejor que a cualquier otro escritor, puede decirse con verdad que de él sabemos muy poco. Lo vemos, hasta donde puede versele, no en sí mismo, sino en una imagen refleja del objetivo en que se ha manifestado. El es Falstaff, Mercurio, Malvolio, Jacques, Portia, Imágenes, Lear y Otelo; pero para nosotros el hombre es escasamente una persona determinada, una realidad substancial de tiempos pasados.

"Los dos nombres más grandes en la poesía son para nosotros po-

co más que nombres. Si no hemos llegado todavía a poner en duda la unidad de Shakespeare como la del "viejo ciego de la isla rocallosa de Scio", estudio aquél de crítica refinada, que está, sin duda, reservada a un lejano porvenir; nos sentimos igualmente incapaces para identificar al joven que vino de Stratford que fué, en seguida, un actor vulgar de un teatro de Londres y se retiró a su ciudad natal en la mediana de su vida, con el autor de Macbeth y Rey Lear; mientras que de Homero podemos presentar una personalidad histórica definida. Toda esa insaciable curiosidad e incansable actividad que se ha gastado hasta aquí para descubrir algo sobre Shakespeare sirve más para dejarnos chasqueados o perplejos que para suministrarnos la más mínima luz sobre su carácter. No es su fe de bautismo o el original de su testamento o la ortografía de su nombre lo que buscamos. Ni una letra de su escritura, ningún recuerdo de su conversación, ningún distintivo que lo caracterice con cierta integridad ha sido producido por alguno de sus contemporáneos.

"Si hubo un Shakespeare de la tierra, como sospecho, hubo también otro del cielo; es de éste de quien deseamos saber algo".

Posteriormente, Rodó en su libro *"Motivos de Proteo"*, acentúa más aún esta anomalía diciendo: "Ese muchacho turbulento, hijo pródigo de familia burguesa, implacable corredor de aventuras, casado antes de tiempo para reparar la honra de una mujer de más años que él, gran bebedor, cazador furtivo, que llega a escribir para el teatro por sugestión de su oficio fortuito de cómico de baja estofa, produciendo con absoluto desgaire y despreocupación del arte y la fama maravillas de cuyos

quillates ciertamente nunca tuvo sospecha; y que luego, apenas logra redondear algunos bienes de fortuna, se retira en plena fuerza de edad a la aldea, como cualquier hombre vulgar que asienta el seso después de pasado el hervor de la juventud; y en la aldea lleva vida de juicioso propietario, ejerciendo cargos comunales, administrando su peculio y prestando dinero a logro; sin que nunca más encuentre la menor veleidad de invención poética; ni el más mínimo interés por la suerte de sus obras, dispersas y a pique de perderse en abandonados manuscritos; ni la más insignificante afección por el mundo de criaturas ideales a que ha dado vida y gloria perennes: es rareza que sugiere un cambio de personalidad como el del magnetizado que vuelto a su ser autónomo no guarda impresión ni recuerdo de lo que dijo o hizo mientras lo embargaba una voluntad ajena, que en este caso referiríamos a influjo sobrenatural, a la obsesión de un *numen*".

Finalmente, Mr. Abel Lefranc publica en 1919 un libro titulado: "Sous le masque de William Shakespeare", en que llega a las siguientes conclusiones:

"1.º Las obras dramáticas y otras que han sido representadas y publicadas en los últimos años del siglo XVI bajo el nombre del actor William Shakespeare, de Stratford on Avon, no pueden de ninguna manera haber sido compuestas por este personaje.

"2.º El autor verdadero de esas obras era, según toda evidencia, un miembro de la aristocracia inglesa, que ha querido permanecer oculto".

Como se ve eran bien fundadas las dudas que sugería la absoluta discrepancia entre la personalidad del autor y la magnitud y grandeza de sus obras, puesto que la duda de Hallam se parece mucho a la negación. Rodó no encuentra otra explicación que en la intervención de fuerzas ocultas y Lefranc niega redondamente.

También Shakespeare tiene defensores apasionados, y uno de ellos, Mr. Fuillerat, en un artículo reciente publicado en la Revista de Ambos Mundos, lo defiende con calor y habilidad de la falta de preparación y conocimientos que le atribuyen para desvalorizarlo como autor de las obras que llevan su nombre; pero cae en la exageración de pretender empujear el mérito filosófico y la indiscutible erudición que revelan esas obras, tratando así de equipararlas con las aptitudes de su autor. No

acaba por reconocer que hay que suministrar el menor dato nuevo y renunciar a escribir una biografía detallada y completa de Shakespeare.

En cuanto al descubrimiento criptográfico no lo estudia, pero lo declara a priori una de tantas argucias para quitarle a Shakespeare la paternidad de sus obras y sostiene que lo cuerdo sería mantener la tradición, considerando poco sensata esta carrera loca en busca de novedades que él estima sin objeto.

Sin embargo, todos los críticos modernos ponen especial empeño en estudiar la historia íntima de cada autor para descubrir allí el alma que da vida a sus obras; de manera que, a pesar de la defensa de los shakespeareanos, no es extraño que se gaste tanto empeño en buscar la solución de este enigma.

Se han aglomerado tantos libros, folletos y artículos en pro y en contra de esta cuestión que alcanzarían a llenar una biblioteca, y todavía se discute la paternidad de muchas de sus obras, disputadas en su tiempo mismo entre algunos de sus contemporáneos y hasta hoy se le adjudican unas y se le niegan otras, sin llegar a un acuerdo definitivo.

Un criptógrafo americano, el coronel Babyan, estudiando la obra de lord Bacon titulada: "Advancement of Learning", encontró allí un nuevo procedimiento criptográfico compuesto por Bacon, que aplicó en seguida a algunas obras de esa época.

La criptografía, como se sabe, es una escritura secreta que permite disimular en un texto claro otro que sólo puede leer el que posee la clave. Recorriendo con esa clave esas obras y las del propio Bacon parece que ha llegado a descubrir el verdadero autor de las obras que llevan el nombre de Shakespeare y que ha descubierto el velo que ocultaba este misterio.

Lord Bacon de Verulan hace la confesión de su vida encubierto por esta clave y se declara el autor de todas las obras que llevan el nombre de William Shakespeare, recopiladas por él mismo (el año 1623) en un folio publicado siete años después de los días de Shakespeare.

En esa misma edición dice que se puede verificar la exactitud de esta aseveración, aplicando la clave en ellas como también en las obras del propio Bacon publicadas durante su vida.

Voy a permitirme recorrer la biografía de Bacon, que nos revela



Guillermo Shakespeare

sus aptitudes y conocimientos; su historia íntima, de todos conocida, que pone de manifiesto la perfecta concordancia que se observa entre la existencia brillante, atormentada y dramática de Bacon y la que reflejan las obras de Shakespeare; y en seguida la autobiografía recién publicada que nos muestra con más viveza aún esa armonía, pues la exigencia capital de la crítica moderna es la consonancia entre las características de la vida del autor y el espíritu que alienta sus obras, y por ser esto mismo lo que ha dado origen para que se dude y hasta se niegue a Shakespeare la paternidad de sus obras.

La historia de Bacon, como la conocemos hasta aquí, nos dice que nació en Londres el año 1561, hijo de Nicolás Bacon, Ministro de Hacienda de la reina Isabel y de Ana Cooke, mujer de gran cultura clásica. Desde muy niño se distinguió por su extraordinaria precocidad, que atrajo la atención de la reina y lo llamaba su pequeño Ministro de Hacienda.

Después de estudiar en la Universidad de Cambridge fué enviado a París a los 16 años, bajo la tutela del Ministro de Isabel en la Corte de Francia, y allí se dedicó al estudio de la diplomacia, de las cuestiones de Estado y de criptografía, trabajos que publicó más tarde en uno de sus libros y que han dado origen al descubrimiento reciente.

La repentina muerte de su padre lo obligó a regresar a Inglaterra a los 19 años. De vuelta en su patria se dedicó al estudio de las leyes y ningún hombre de su época, o durante siglo y medio después, adquirió mejores conocimientos que Bacon en la filosofía de las leyes.

A los 32 años entró al Parlamento y pronto llegó a ser eminente en sus debates. Ben Jonson dice: "Ningún orador habló jamás con más limpieza, con más precisión, más peso, menos vaciedad en lo que decía. El temor de los que lo oían era que le pusiera fin".

En 1591 publicó sus "Ensayos", que fueron extraordinariamente populares, reimpresos poco después y traducidos al latín, al francés y al italiano. Esto aseguró su reputación literaria.

Si el reinado de Isabel no le fué favorable para su situación política, el de Jacobo I.º le fué más propicio y rápidamente creció su favor. En 1604 fué nombrado Consejero del Rey, con gran renta, poco después Procurador General y en seguida Fiscal de la Corte de Jus-

ticia. Más tarde entró a formar parte del Consejo Privado y por último fué nombrado Gran Canciller.

Continuó distinguiéndose en el Parlamento y publicó sus obras "Advancement of Learning" y "Wisdom of the Ancients", y más tarde su libro "Novum Organum" que le ha dado gloria y fama.

Se argumenta que sus trabajos son más científicos, más analíticos y menos imaginativos y poéticos que lo que se revela en los de Shakespeare, y sorprende a muchos, hasta resistirse a creer que puedan reunirse en un mismo individuo condiciones superiores tan diversas.

Macaulay, en su notable "Ensayo" sobre lord Bacon, nos dice: "La facultad poética era poderosa en la mente de Bacon, pero ni ésta, ni su ingenio lo fueron tanto como para primar sobre la razón, ni mucho menos para tiranizarlo por completo. No conozco imaginación a la vez tan poderosa y tan absolutamente subyugada a su dominio. Jamás despertó sino al llamado del buen sentido. Se detenía al menor choque con él. Sin embargo, aunque tan disciplinada y sujeta a esa obediencia, dió nobles pruebas de su vigor. En verdad, gran parte de la vida de Bacon transcurrió en un mundo visionario, entre cosas tan extrañas como cualquiera de las descritas en las Mil y una noches.

"Sin embargo, en sus magníficos ensueños no había nada extravagante, nada que no fuera sancionado por la más sobria razón".

Además de las obras que acreditan a lord Bacon como un filósofo genial, como un erudito, como un gran jurisconsulto, su vida nos pone de manifiesto que tomó parte activa en todos los parlamentos, que era un gran señor, íntimamente relacionado con los más altos personajes de la Corte, frecuentando mucho la sociedad; notaba las más insignificantes peculiaridades de carácter y los más pequeños cambios de la moda. Nadie ha tenido mejores títulos para ser un hombre de mundo completo.

Su conocimiento íntimo de las Cortes, su vastísima ilustración, su filosofía de la vida que le era peculiar, su sentimiento profundo de la naturaleza, todo en Bacon se asimila admirablemente a la obra de Shakespeare.

Pero hay algo que lo identifica todavía más con ese teatro y es su vida misma. Sin tomar en cuenta los detalles que nos suministra la autobiografía suya que acaba de

desenterrarse, todos sabemos que durante el reinado de Isabel se vió envuelto en el proceso contra el conde de Essex, que era su amigo y el único protector que tuvo entre aquellos agresivos cortesanos. Trató de salvarlo en la medida de sus fuerzas, con sus consejos a la reina, a quien era difícil contener; cuando ya lo había conseguido, reincidió Essex en forma tal que fué irremisiblemente condenado.

Sintiendo la reina el descontento que había causado esa ejecución obligó a Bacon a defenderla, aglomerando todos los cargos que pesaban sobre Essex para excusar esa sentencia, por lo demás justa, como lo probó la confesión hecha por el mismo Essex antes de su ejecución.

Fácilmente se comprende lo que pasaría por el alma de este hombre tímido y receloso obligado a acceder a las exigencias de la reina, impetuosa y cruel, que a la menor resistencia podía hacerlo desaparecer como lo había hecho ya con Norfolk, con María Stuardo y por último con su propio favorito.

Dotado de vasto entendimiento se dedicó al estudio y trabajo con ahínco para merecer la situación que ambicionaba. Sufrió persecuciones y hasta cayó en prisión por pequeñas deudas; pero luchó siempre sin descanso, defendiéndose de la emulación de los palaciegos, que temerosos de su predominio, frustraban todos sus esfuerzos, sin que lograra alcanzar lo que otros obtenían con menos méritos y menores sacrificios. Esto debió amargarlo, pero no lo hizo desmayar en sus anhelos ni malquistarse con sus contendores.

Después de larga y obstinada lucha y de muchas vicisitudes alcanzó, por fin, la cúspide anhelada, llegando hasta desempeñar la primera magistratura judicial a que lo hacían acreedor sus valiosos trabajos y profundos conocimientos de las leyes de Inglaterra. Además, obtuvo el título de barón de Verulam y fué par del reino con el de vizconde de St. Albans.

A estos triunfos honoríficos se agregó otro mucho más grande y que lo ha hecho célebre ante la posteridad. Publicó por entonces su libro "Novum Organum" que lo colocó a tal altura como filósofo que según Macaulay ningún libro hizo jamás una revolución igual en la manera de pensar, destruyó más preocupaciones e introdujo mayor número de opiniones nuevas, llegando hasta dar motivo para que Cowley, uno de los más ardientes y sagaces continuadores de

su método filosófico, en uno de sus más hermosos poemas lo comparara con Moisés dictando a la humanidad las Tablas de la Ley.

Cuando todo le sonreía, cuando veía realizarse su más acariado sueño de adquirir "honores sin descanso—como tan gráficamente lo expresó entonces—ya que no podía aspirar al descanso con honor; obtuvo en cambio el descanso sin honor".

Como era costumbre en la Corte prodigar obsequios a los grandes señores para procurarse sus favores, se dejó influenciar por ese ambiente corruptor y los aceptó él también de los litigantes sujetos a su fallo. Estos regalos no lo inclinaron jamás en sentido contrario a su conciencia, pero recibió sumas considerables de dinero y objetos de gran valor.

Esta debilidad que para cualquier hombre en su situación habría sido bochornosa, para Bacon la responsabilidad era aun mucho mayor. Su inmensa superioridad intelectual y sobre todo las prescripciones morales que él había difundido en sus obras con tanta severidad como elocuencia, hacían recaer sobre él con más gravedad esta violación de sus propios y más séveros preceptos. Sus émulos en la Corte y los que anhelaban suplantarlo se aprovecharon de esto y lo acusaron de cohecho.

Esta tremenda inculpación lo tomó tan de sorpresa que lo anonadó. Escribió al Rey solicitando su amparo y concluye diciéndole: "En cuanto al cohecho de que me acusan, cuando se abra el libro de las conciencias, espero que no se encuentre en la mía la turbia fuente de un corazón corrompido en el hábito depravado de recibir recompensas para pervertir la justicia por grande que sea mi flaqueza al participar de los abusos de mi tiempo".

Se manifestó tranquilo a la faz del mundo que lo rodeaba, pero una vez en su casa y solo consigo mismo hizo su testamento, dejando "su nombre y su memoria a los siglos venideros y a las naciones extranjeras" y escribió una larga oración que nos revela la horrible desesperación de su alma. Esa oración comienza así: "Benignísimo Señor, mi Padre Misericordioso, mi Creador, mi Redentor, mi Consolador. Vos Señor que investigáis y profundizáis todos los secretos del corazón, vos que reconocéis la rectitud de espíritu, que juzgáis al hipócrita, que pesáis los pensamientos y los hechos como en una balanza, medís las intenciones como en una línea; la vanidad y

las torcidas inclinaciones no pueden ser desconocidas". Y concluyendo diciendo: "Además de mis innumerables pecados, confieso delante de Vos, que entre vuestras tenévolas dádivas y gracias, os soy deudor del talento que he desperdiciado en cosas para las cuales tenía menos aptitudes; así puedo decirlos con verdad, mi alma ha vivido ajena a todos mis actos en el curso de mi peregrinación. ¡Sed misericordioso conmigo, oh Señor! ¡Por el amor de mi Salvador, recíbeme en tu seno o guíame según tu voluntad!".

Le exigieron los lores una confesión explícita de sus faltas, le enviaron una copia de los cargos en contra suya, a la que contestó reconociendo la verdad de esos cargos, con ligeras salvedades y entregándose a la merced de sus jueces. "Después de consideración deliberada, les dice, penetrando en mi propia conciencia y trayendo a mi memoria a dar cuenta, hasta donde soy capaz, confieso ingenua y plenamente que soy culpable de corrupción y renuncio a toda defensa".

Los lores se dieron por satisfechos, pero enviaron una comisión para asegurarse de que esa confesión estaba suscrita por él, lo que realizaron con la mayor delicadeza, pues las agonías de aquella mente y la degradación de ese nombre eran para ablandar las naturalezas más endurecidas.

Bacon les respondió: "Fué obra mía, de mi corazón y de mi mano. ¡Piedad mis lores para esta alga rota!".

¿Pueden aglomerarse situaciones más dramáticas en la vida de un hombre? Y en su caída ¡qué robleza de alma, cuánta grandeza, qué sublime resignación!

¿No será éste el Shakespeare del cielo que Hallan buscaba en vano?

La autobiografía de Bacon encuadra tan admirablemente con la obra dramática que lleva el nombre de William Shakespeare, que a cada paso se encuentran alusiones reveladoras de esos dramas. Hamlet ya no es para nosotros un personaje enigmático y misterioso: es una realidad vivida, sentida, sufrida. El espectro de Elsinore vuelve a levantarse de su tumba para contarnos su dolorosa historia y reclamar justicia. Julieta, Ofelia, Desdémona, Miranda, etc., todas encarnan el ensueño de su juventud, el amor idealista y profundo que supo despertar en su alma la "suave" Margarita de Va-

lois, reina de Navarra, que nos pinta con acento inimitable.

Para confirmar esta opinión voy a permitirme reproducir algunos párrafos de su autobiografía, restando el resto para no alargarme demasiado.

Comienza Bacon su dramática narración con estas imponentes palabras:

"Mi verdadero nombre es Tudor. En virtud de mi nacimiento soy en verdad el hijo real, aunque gravemente expoliado, de nuestra muy gloriosa y muy culpable reina Isabel; de la raza que el valiente Eduardo hizo famosa; de esa estirpe de donde brotaron Enrique V, VII y VIII, reyes de batalla, como brotan las ramas del árbol roble.

"Aunque constantemente rodeado, amenazado, vigilado, he escrito esta historia cifrada por entero, plenamente convencido, en mi alma y mi conciencia, que todo el mundo averiguará cuál es la verdad.

"Mi propósito esencial es escribir la relación secreta de mi vida, como también la historia verdadera de mi tiempo. De hecho una parte de nuestra historia nacional debe cambiarse por la revelación que he redactado con mucho trabajo, para la posteridad.

"Sir Nicolás Bacon, Ministro de Hacienda, fué sólo el padre aparente de mis primeros años, pero tan amante y cariñoso conmigo como con su propio hijo, cuidó de mi educación y hasta aspiró a una alta situación para mí. Sin embargo, debo a su esposa, lady Bacon, mi mayor y más ardiente gratitud, desde que ella, con su viva simpatía y sabios consejos, supo guiarme, ampararme, protegerme y dirigirme constantemente.

Más aún, a ella le debo la vida; pues, aunque no hizo más que criarme, debido a su intervención la hora de mi nacimiento no fué también la de mi muerte".

Cuenta, en seguida, que la reina honraba a veces con su visita la casa de sir Nicolás Bacon y con frecuencia él era llevado a su presencia soberana. La reina lo llamaba su pequeño lord Keeper, pero nunca príncipe, pues jamás reconoció que éste fuera el verdadero título que debía llevar.

"Las pruebas de favor que me manifestó esta madre real, dice Bacon, aumentaron con mi saber y cuando mi lengua se desató lo bastante para responder a sus preguntas embarazosas era raro que no encontrara el epigrama ático para devolver sus provocaciones".

Muchos años pasaron y la rei-



Reina Isabel

na, que gustaba de sus buenas maneras, lo invitaba con frecuencia a sus recepciones, en compañía de algunas damas y caballeros de su corte. En una de estas reuniones, una dama poco avisada se permitió repetir un cuento que solapadamente hería el honor de la reina. Tan pronto como fué dicho lo oyó la reina y su furia fué tan terrible que la infeliz criatura temblando de miedo y casi sin aliento quiso implorar su perdón y cayó desmayada a sus pies.

Bacon avanzó rápidamente y se inclinó para levantarla y volvió a encenderse la cólera de la reina, que se descargó entonces desapiadadamente sobre él, reprochándole que lejos de defender a su soberana se abalanzaba a amparar a quien la hería.

A continuación de esta escena fué que en medio de su ira y completamente fuera de sí le reveló el secreto de su nacimiento.

Consternado por esta revelación fué a echarse en brazos de lady Bacon esperando que ella se lo desmintiera. Llorando con él lady Bacon se lo confirmó y le refirió que en el momento de nacer la reina no había tenido más que una palabra: kill, kill (mata, mata). Sin embargo, ella le imploró que le permitiera conservarlo a su lado y lo mantuvo oculto en su casa hasta que al perder a su propio hijo que llevaba en su seno, pudo reemplazarlo fácilmente adoptando a Francisco.

La desesperación de Bacon no tuvo límites, desatándose en improperios contra esa mujer que consideraba indigna del sagrado nombre de madre. Lady Bacon trató de calmarlo amonestándolo para que no ofendiera a la reina que era peligroso y podía molestarle a su padre. Bacon exigió su nombre y lady Bacon le dijo que era el conde de Leicester y le aseguró que se habían desposado en la Torre de Londres, mientras Isabel permanecía encerrada allí por orden de su hermana María, que reinaba entonces.

"Andando el tiempo, dice Bacon, fui llamado un día por mi madre real, recién hallada, quien me dió audiencia privada. Supe en esa entrevista que por el momento no podía llevar ese gran nombre sino en mi imaginación; estilo completamente opuesto al que se había usado conmigo en mi hogar.

"Está ya dicho que la desgracia nunca llega inmerecida. Sin duda que esto es cierto para algunos; pero a mí me ha golpeado una injusta maldición que ha marchitado mi vida entera".

Aunque la reina sentía cierto orgullo por el genio de su hijo la atormentaba un espíritu celoso, estimulado poderosamente por Roberto Cecil, futuro conde de Salisbury, quien alejó sistemáticamente a Bacon del poder.

Envanecido éste con su sangre real, se daba aires de importancia con sus compañeros y manifestaba un orgullo desmedido, muy propio de sus pocos años. Esto fué llevado a la reina por Cecil como una prueba de sus pretensiones a la corona para fomentar en ella su desconfianza y producir su alejamiento.

Para desembarazarse de un pretendiente molesto se le envió a Francia desde sus diecisiete a dieciocho años, encargado de una misión confidencial y fué entonces cuando el joven compuso esa clave secreta para confiar su historia a la posteridad.

"Inventé esa clave de dos alfabetos, dice, que a no ser que el descifrador encuentre un alfabeto preparado que corresponda y lo descubra rápidamente, me parece imposible de leerse, salvo por un don divino o inspiración celestial.

"A esa bella Francia, a ese país asoleado del mediodía, he aprendido a amarlo a un grado tan supremo, que más tarde habría dejado a Inglaterra y toda esperanza de porvenir, con tal de permanecer allí toda mi vida. Y no sólo por las delicias de esa comarca, sino por amor a la suave Margarita, la bella joven hermana del rey, casada con el valiente Enrique, rey de Navarra, que formó un Eden para mi corazón inocente. Era tan bella—no se ha visto criatura más encantadora—que yo no miraré otra jamás. Eva francesa de ese paraíso maravilloso, yo creía que no podía existir otra semejante ni en el vasto reino de los cielos, ni en este bajo mundo, ni en los siglos pasados, ni en el infinito de los tiempos por venir.

"Margarita urdió planes para mantenerme bajo su comando imperial. Un extraordinario poder de crear el cielo sobre la tierra, poseían esos ojos bien amados. Para obtener una manifestación de su favor, para defenderla y protegerla, estaba dispuesto a aventurar mi honor y mi gloria. Por amor imaginé piezas de teatro, donde—como se ve la trama bajo el telar—yo supe hacer un fino trabajo de mosaico, infinitamente precioso, con las palabras que Margarita lanzaba con frecuencia. Muchos pequeños libros franceses, muy breves, divididos en capítulos, contienen esa historia de amor. La vi-



Francisco Bacon

Ja entonces en toda su fuerza y en su primavera cantaba a mi oído dulcemente y en los latidos de mi corazón se podía sorprender un canto,—lo oigo todavía—ese amor por Margarita del país del sol, rosa blanca y suave del jardín solitario de mi alma. He puesto muchos secretos queridos en esos pequeños libros de amor, conservados, según su deseo, para agradar a algún lector enamorado de los tiempos futuros".

"Y todavía cuando supe su perfidia, el amor, por momentos, la protegía en mi pensamiento como a los ángeles; en otros, ella pertenecía al demonio y yo me sentía sumergido en el infierno. Mi memoria, sin embargo, me la pinta más bella que la más hermosa de nuestras hijas de Inglaterra. ¡Oh, dulce traidora—así la llamaré — Margarita, mi perla de las mujeres! Esto duró muchos años.

"Fueron necesarios no menos de cuatro décadas u ocho lustros de mi vida para admitir otra en mi corazón dolorido. Me desposé entonces con la mujer que alejó a Margarita de mi recuerdo, o más bien debo decir, la que desterró su semblanza de mi corazón, para relegarla al recinto de mi memoria; allí reposa en toda la pureza e inagotable belleza de esos días lejanos; pero su presencia adorable habita aun en la morada entera de mi corazón y de mi alma.

"Un triste destino rompió nuestros amores, mi Margarita. La alegría de la vida reflujo de nuestros corazones cuando fué necesario separarnos y esa marea jamás volvió a subir hasta mi pecho. Mi felicidad tan duramente conquistada se disipó como la neblina en una mañana de verano".

Bacon narra, en seguida, los altercados de Isabel con María Stuardo y el proceso de esta reina mártir, cuya vida nos ha interesado tan vivamente, fascinándonos con su belleza y atractivos y conmoviéndonos con sus tormentos y dolores como con su trágica muerte, que Bacon describe así:

"A la hora indicada en aquel día lúgubre, María entró al gran vestíbulo del castillo, su prisión, que en esta ocasión estaba colgada de cortinajes negros, cubierta de la cabeza a los pies por una gran capa negra, acompañada de sus damas. El verdugo, también de negro, estaba en silencio y de pie junto al cadalso, y distribuídos por parejas en la pieza estaban los lores ingleses Kent, Shrewsbury, Montague y Derby, conversando frívolamente.

"La reina estaba pálida por falta de reposo, pero tranquila y serena. Pidió servicio religioso de su propio sacerdote. Se le negó con inútil terquedad. Habló poco más; rezo con tono claro por algunos minutos, encomendó a Dios su alma dolorida y a Felipe de España el reclamo de su derecho al trono de Inglaterra.

"En seguida avanzó algunos pasos y dejó caer al suelo su capa, mostrándose con un traje del más tenebroso rojo sangre, se detuvo un momento y con ese modo dulce y aterrorizante, propio de toda mujer y especialmente de ella que lo poseía en alto grado, se despidió de su servidumbre, agradeció a lord Montague su defensa en el consejo de los lores y le dijo adiós. Después tuvo un instante de vacilación, sólo un minuto tal vez en silenciosa invocación, luego habló amablemente con cada uno de los presentes y fué conducida al cadalso.

"Así acabó María Stuardo. Pero su belleza vive todavía en mi corazón tan fresca como si estuviera aun entre los vivos".

Un segundo hijo le nació a la reina (siempre virgen). Este debía tener un destino trágico. El también era hijo de Leicester y por lo tanto el propio hermano de Francisco Bacon. Como él llevó un nombre que no era el suyo; se llamó Roberto Devereux, más tarde conde de Essex.

Las crónicas le dan a Essex una reputación poco halagadora; pero Bacon ha pintado a su hermano con rasgos más interesantes; lo reconoce colérico e indomable, pero también de gran profusión de ideas en sus momentos de calma; genial y magnífico. Conviene aun en que la conspiración del joven

hija dirigida ante todo a hacer reconocer los plenos derechos de Francisco, como el mayor, a la corona de Inglaterra; pero Bacon rehusó escuchar al "encantador".

La revuelta de Essex fracasó y una vez descubierta la reina levantó sus tropas, sitió al conde en su propia casa, lo encarceló y lo hizo juzgar. Es aquí que repercute el inmenso grito de dolor de Bacon: "¡El conde de Essex, hijo de Su Majestad, mi hermano — huesos, sangre, músculos iguales a los míos — ha sido condenado a muerte por su madre y por consejo mío! ¡El decreto de la reina, si no fué su mano de hierro, ha muerto a un hombre que por su valor y fortaleza de alma era sin igual!"

Bacon evoca todas las escenas de la tragedia. Esto lo persigue noche y día en sus veladas y en su sueño. No cesa de reprocharse los avisos que dió a su madre, pues él vió muy bien que no era posible intentar siquiera disculpar a Essex, sino más bien tratar de excusar su falta. Era aquel un crimen de Estado, de aquellos que Isabel no perdonaba jamás. Todos sus esfuerzos fueron inútiles y sólo lograron excitar la cólera de esa furia. El amor mismo de la reina nutría su odio por el hijo bien amado: su cabeza cayó.

"Todas las alegrías murieron con Essex en nuestras dos almas, continúa Bacon; para ella desapareció toda paz; declinó de día en día visiblemente, a pesar de los esfuerzos que hacía para ocultar su debilidad. Con frecuencia la culpa batalla con fuerza en el espíritu; cuando ningún crimen se ha cometido se lleva con humildad el yugo del mal; pero el crimen introduce en el alma una numerosa población de diablos burlescos de que es padre el orgullo. Así fué para su Majestad la Reina Isabel. Su alma no fué más que un infierno porque la sangre de su último hijo manchaba su mano real".

La ambición de Bacon pareció extinguirse para siempre después de semejante sacudida. "Sin embargo, exclama, quien no tiene en el alma el amor al poder no puede saber jamás la fuerza de la llama de mi indomable espíritu".

Tan sincero era al decir esto, que en su vida posterior dió buenas pruebas de que su ambición estaba intacta, marchita entonces sólo por el dolor y la impotencia.

Al morir Isabel no quiso reconocer a su hijo y designó al Rey de Escocia, al hijo de María Es-



Reina Ma ría Estuardo

tuando su eterna rival, por sucesor, y el desposeído confía únicamente al misterio de su clave sus derechos imprescriptibles al trono de Inglaterra.

"Muchos han obtenido su corona por la fuerza, nos dice, y de éstos el primer Tudor es un ejemplo. Si mi título lo he renunciado por debilidad, fué en parte a causa de esa prudencia "que adquirí temprano, a saber: que los reinos obtenidos por la fuerza se pierden del mismo modo. Tengo afición al estudio que satisface infinitamente más a mi espíritu que todos los honores. Se ha dicho, desde hace mucho tiempo, que el nombre de un soldado no vive sino durante cierto período, mientras que el de un sabio es eterno".

Hermoso concepto que si algunos otros lo hubieran seguido habrían librado al mundo de muchas desgracias.

"Bien atrevida es la pluma, agrega Bacon, que escribe una historia regia aunque sea en clave; todavía mucho más el que llena abiertamente esta tarea. Pocos serán los que lo intenten y no será por estas plumas que sabremos la verdad. Pero los muertos no cuentan falsedades".

Aquí termina Bacon la confesión de su vida, que relato lo más brevemente posible, por no prolongar demasiado esta lectura. Pero no puedo omitir lo que en su clave se refiere a sus obras y todo lo que dedica a su descifrador.

En uno de estos criptogramas dice:

"Habría querido escribir en un estilo más noble igualmente conveniente para las representaciones sobre la escena como para las lecturas en bibliotecas, con el deseo de alcanzar así a muchos de aquellos que, menos sabios, son sin embargo igualmente grandes en fidelidad de expresión y vivacidad de espíritu. Muchas pequeñas obras sin nombre de autor tuvieron éxito merecido; otras, bajo el nombre de Spencer, conducían a un mundo desconocido. E. Spencer no habría podido obtener tan fácilmente sin esto, una gloria que me pertenece. Es tan grande mi amor por mi lengua materna que he empleado libre y simultáneamente algunas palabras consideradas como antiguas y otras de un estilo más nuevo, especialmente en los poemas de Spencer, que son modelados sobre Chaucer. Por lo tanto, como sin duda lo habréis observado, lo an-

tiguo está ligeramente entretejido de expresiones corrientes e indiscutiblemente inglesas, y también con frecuencia de palabras francesas, porque el franco-normando introducido por Guillermo el conquistador ha dejado sus huellas.

"Cuando después de haber escrito en diversos estilos, al fin encontré tres hombres que mediante recompensa adecuada en oro, además de celebridad inmediata, consintieron en dar a luz todas las obras que yo había compuesto, adquirí mayor confianza. Disimulé en mis poemas muchos secretos importantes que publiqué bajo el nombre de Peele o de Spencer, o bajo mi propio nombre y a veces todavía bajo los de aquellos que se decían autores y que ofrecían a sus lectores una mezcla de prosa y de poesía. Confíe la mayor parte de estos trabajos a Roberto Green; o más bien dicho, se puso su nombre como autor. Encontraréis allí fragmentos importantes pertenecientes al dominio de la poesía y que el verso embellecería; sin embargo, esto no me pareció expedido. Ciertos pasajes fueron utilizados más tarde en otras piezas. Marlowe fué un nombre de que también me serví antes de tomar de máscara o visera el de Wm. Shakespeare, a fin de permanecer desconocido, porque habiendo escrito dramas históricos, que son los más severamente perseguidos, me he expuesto a grandes peligros. Una palabra de la Reina Isabel me habría valido, sin duda, un fin horrible y repentino, una desaparición sin vuelta.

"Siento temblar mi pluma como un potro que aguarda impaciente el toque del cuerno de los cazadores antes de partir como una flecha hacia su fin, a través de valles y malezas. Escribo en la esperanza de hacer vivir mi nombre entre los seres de un pueblo futuro. En verdad la elección de la emboscada para alzar mi voz está lejos de ser un placer; es una necesidad, una misión de importancia".

En otro criptograma se dirige a su descifrador en estos términos:

"Toma, lee! Una dura necesidad me impone el uso de esta clave árida y absolutamente difícil como medio o método de transmisión. Todos los que sepan que yo, que honro la verdad más que a la vanidad malsana, he publicado recientemente, bajo otros nombres, algunas piezas de teatro, creerán que ha sido a causa de aversión por la escena. Es-

to no es exacto, de ninguna manera. Pero revelaré al que sepa leer esta escritura cifrada una razón más poderosa, pues el hombre se aferra más a la vida que a la gloria, y cuatro espías atentos están adheridos a la mía día y noche. Todas mis piezas de teatro han aparecido disfrazadas, Green, Spencer, Shakespeare, Burton y Marley (como dicen a veces) o más generalmente Marlowe, me han servido hasta aquí de máscara...

Cuando adoptaba el nombre de un escritor, necesitaba servirme de un estilo que se asemejara al suyo y, sin embargo, dejara traslucir el mío, en todas mis obras como el hilo de la cadena, para que ellas permanecieran más por entero. Seguramente se obtendrá la prueba de que son obras más cuando, observando esa variedad de formas, vos descubriréis una cifra combinada de manera que sirva de ayuda al descifrador en el estudio de la historia interior.

"Todo el que escribe para la escena es mirado en menos. Por eso, cuando aparece una pieza y produce dinero, nadie se sorprende de verla firmada con un nombre cualquiera; gracias a esto el autor que se cubre así evitará ser reconocido y tenido por responsable de la pieza. Si es necesario, pues, un escondite para ciertas historias extraordinarias, ninguno tan seguro como éste, porque el hombre que ha ganado dinero de esta manera o de otra cualquiera, no irá voluntariamente a divulgar la fuente de su fortuna a un extraño.

"Desde hace muchos años he concentrado mi pensamiento y dedicado a mi obra todo el tiempo que me dejan libre los deberes de mi cargo. Se podrán discutir mis razones, sin embargo creo que ellas merecen tener el campo libre; pues mis deseos y mis proyectos tocan casi al milagro en cierto grado, y los grandes pensamientos me vienen en las silenciosas vigiliass de la noche. En mis piezas he arrojado mis sentimientos, tales como ruedan se desarrollan y entrecierran. El tema exterior de las obras —pieza, poema u obra de ciencia —a menudo no tienen relación alguna con su sentido íntimo. Algunos versos de mi juventud se han deslizado en una de ellas, porque los he estimado buenos y dignos de ser conservados en mi cofre precioso, frutos todos ellos, de muchas horas inapreciables. Hasta mis traducciones de dos inmortales poemas de Homero, así como muchas

otras de menos importancia, han encontrado lugar en mi clave; además, he traducido también los dos cantos que nuestro más admirable poeta latino ha dejado en su idioma. La mayor parte de las traducciones tienen su lugar en la clave y no deben ser estimadas como mediocres, porque seguramente ellas son lo mejor y más hábil de mi obra.

"Mis piezas no están completas todavía, pero tengo la intención de publicar muchas próximamente. Como el trabajo que me impone la clave, es tan largo, se comprenderá que cuando un libro parece listo para imprimirlo, hay todavía mucho que trabajar en él, y, por lo tanto, no puedo decir cuántas piezas nuevas daré a luz. El próximo volumen aparecerá bajo el nombre de William Shakespeare. Desde que ciertas piezas ya publicadas llevan su nombre en la cubierta, aunque todas sean mías, lo dejaré sobre muchas otras más, que me parecen de igual mérito. Habiendo ya entregado muchas piezas a su teatro, continuaré procediendo de igual manera, porque he hecho de él el esclavo de mi voluntad. Ninguna de mis piezas lleva mi nombre, pero aparece con frecuencia en una cifra que los espíritus ingeniosos traducirán del latín o del griego. Como hasta ahora esto no se ha descubierto, el secreto ha permanecido en su cofre ignorado de todos. Pero aunque oculto bajo brumas espesas, tendréis pronto el conjunto de esa gran clave trabajada más prolijamente que el oro.

"Mis piezas son de diversos géneros: historia, comedia y tragedia. Buena parte de ellas se dan ya en el teatro; las que llevan el nombre de Shakespeare han conquistado, sin duda alguna, una gloria duradera, pues la comedia, el drama histórico y la tragedia gozan de igual favor. Por esta razón hemos resuelto escribir en esos diversos géneros, aunque la tragedia penetra más fácilmente en los espíritus sensibles a quienes las cosas elevadas y trágicas agradan más que las que son reales sólo a medias; demasiado delicadas y exquisitas unas, muy crudas o muy bajas e impropias otras. En cuanto al drama histórico, ciertos hechos esenciales deben ser hermoseados con elegancia que siempre se admira y se aplaude. La variedad de sitios y de movimientos es lo que seduce a la vista y a la imaginación, y con frecuencia las piezas que nos habían agradado menos en el es-

tudio, causaban placer en la escena. Hablando francamente, más vale consultar el gusto de los hombres que su juicio: pero como yo escribo con sinceridad, no haré el menor sacrificio que pueda lastimar el buen sentido o que me separe de mi propósito.

He asistido a los acontecimientos y los he mirado con vista clara para poder escribirlos en esas crónicas, con el deseo extremo de mi corazón de juzgar con exactitud las materias que son para mí de la más alta importancia personal, y que tienen, finalmente, un interés general para todos, puesto que sin mis trabajos no quedaría relación alguna para la posteridad, que fuera verídica. Esta será la grande obra de nuestro tiempo. Su fama se extenderá mucho más allá de los mares y cuando el nombre de Francisco Bacon sea pronunciado, el de su descifrador, junto al suyo, será igualmente honrado. Muchas comedias, hasta ahora desconocidas, extranjeras podría decirse, que no tienen más título que el necesario para que los actores las recuerden (sin embargo el nombre del autor está allí disfrazado y tal vez no se le verá jamás), serán publicadas bajo el nombre de Shakespeare en día propicio; es decir, bajo un nombre que ha cubierto ya muchas de las mejores piezas de que hemos sido capaz. A éstos no cesaremos de agregar otras, pues escribo de dos a seis piezas de teatro por año. Siguiendo el consejo de un amigo querido, no hemos abandonado esa máscara, aún cuando nuestro Shakespeare ya no existe, porque dos camaradas de nuestro autor (que sin duda publicarían con gusto esas piezas) cubrirán nuestros trabajos igualmente. Esto no podrá hacerse sin embargo, sino en un momento favorable.

"Mi obra más reciente, pone de manifiesto oportunamente, un aumento de vigor y penetración que el lector observará al leer cualquiera pieza del género de mi drama titulado: "Primera parte del Rey Enrique IV". La segunda parte del mismo drama, y además otra: "Otelo", revelan un conocimiento de la vida que falta en las demás piezas que llevaban esa firma sobre su cubierta. Estas piezas, como lo he dicho a menudo, son la gloria suprema de mi pluma, aunque ellas presenten diver-

sos grados de excelencia, como seguramente lo observaréis.

"Como la mitad de las piezas que me propongo reunir han aparecido ya bajo el nombre de W. Shakespeare, me parece cuerdo publicar el infolio por los mismos medios y bajo el mismo nombre... En lo concerniente a las piezas mismas, la verdad brotará más fácilmente del error que de la confusión. Por esto es que lo que aconseja, todo espíritu cuerdo y discreto, es dejar que subsista el nombre de este hombre bien conocido en el teatro, como el de su alegre compañía, sobre esas piezas que no las conoció más que como las conoce un niño, a pesar de su larga carrera. Creo que conviene proceder así y obedecer a las escrituras, arrojando mi grano a los vientos y sembrándolo sobre las aguas. ¿Qué será de la cosecha? Ese trigo debe llenar algún vasto granero; y la provisión dorada ¿me será devuelta algún día, no en porvenir próximo, pues el tiempo marcha lentamente, pero siquiera el día que Dios haya fijado? En verdad, así lo creo porque más de una bella esperanza, pura como la nieve, ha florecido en mi corazón solitario y me promete dicha completa.

"En mis piezas y en la obra bien querida que está actualmente en vuestras manos, se ve con frecuencia un tema único, una misma idea, una misma concepción en obras que parecen completamente diferentes; están unidas todas entre sí por muchos lazos que revelan su parentesco. Si esto se descubre, el tiempo mostrará que eso es intencional. Cuando ya no quede de mi lengua más que un recuerdo, ciertamente se encontrarán entonces otra para contar mi historia y exponer la labor de toda mi vida.

"Mi deseo es que mis trabajos sean recopilados y sometidos de nuevo a una investigación igual y a un tribunal semejante a los de otro tiempo... Sin duda que la espera me parece más larga que a mi descifrador... Sin embargo, entrego con entera confianza mi barco cargado pesadamente con obras impresas, que servirán también a vuestro progreso, honor y provecho, a las dilatadas aguas del tiempo, esperando que por lo menos algunas de ellas resistirán a las olas y a las tempestades de largos años, acaso de siglos. Las del noble poeta Homero ¿no fueron sacudidas sobre los mares del tiempo durante más de dos mil años sin perder ni siquiera una sílaba ni una letra?

(1) Muy probablemente Hemminge y Condell que patrocinaron la edición del infolio de 1623.

"Creo que esto parecerá muy extraño y que nacerán dudas a veces. Los autores muertos no sólo descansan de su trabajo manual, sino también del de su espíritu; pero esta resurrección que debería despertar asombro, puede permanecer invisible, o más bien dicho, no provocar la menor sorpresa a pesar de que los milagros como la visita de los espíritus celestes, sean raros. Hasta ahora nunca se ha visto todavía suscitarse una cuestión de este género, ni despertarse una duda como esta. Nadie hasta aquí ha abierto los ojos desmesuradamente como quien ve visiones. Nadie ha examinado piezas o poemas, que cual nuevo Fénix surja de sus frías cenizas. De estos peligros manifiestos quiero que el descifrador libre mis piezas, por temor de que no reciba yo, más tarde, la justa recompensa y la parte de fama que me corresponde, por todo lo que he producido para el teatro en tanta abundancia, como también por mis poemas bastante estimados. Si tantos autores reciben inmediatamente el premio de sus esfuerzos, aguardo el mío de los hombres del porvenir. Pero el porvenir pertenece al tiempo y la posteridad me debe la reparación equitativa del olvido presente. Los pueblos futuros de riberas lejanas atestiguarán la verdad de estas palabras: "Nadie es profeta en su tierra". Como esto es tan verdadero hoy, para nosotros, que vivimos en lugares, jamás hollados por los pasos divinos, como lo fué hace dieciséis siglos en Palestina, aguardaré mi día".

Así concluye este documento extraordinario, que ha permanecido tres siglos fantásticamente enterrado en libros encerrados en bibliotecas, y devuelto al mundo actual por los trabajos dirigidos por el coronel Fabyan.

Ahora sólo queda por averiguar la exactitud en la aplicación de la clave, para prestar completa fe a esos documentos.

El general Cartier, criptólogo francés que se ha interesado vivamente por estos trabajos y ha inspeccionado personalmente los documentos en cuestión, nos asegura, en varios artículos publicados en "El Mercurio" de Francia, que él ha revisado muchos textos y que el procedimiento criptográfico es completamente inatacable.

Más aún, en su último artículo publicado en Febrero de este año, nos dice que en el primero que dió a luz sólo pretendió llamar la

atención sobre un procedimiento de criptografía poco conocido y sobre ciertas aplicaciones interesantes que se habían hecho, persiguiendo el propósito de que se pudieran aplicar en Francia.

Como este procedimiento criptográfico ha tenido como resultado la revelación de un documento histórico, es natural que consideraciones de orden histórico o literario intervengan en la apreciación de este documento que como criptólogo sólo puede señalar su existencia. Esto pone de manifiesto su absoluto desinterés en la cuestión que estos documentos han despertado.

Contestando a las preocupaciones que le han revelado algunos lectores que temen que los descifradores de la autobiografía de Francisco Bacon se hayan dejado influenciar por ideas preconcebidas para elegir entre muchas soluciones posibles la que correspondiera mejor a su manera de ver, nos dice: "Personalmente considero que los errores aislados son posibles con respecto a las palabras únicamente, pero completamente excepcionales tratándose de frases. Sin embargo, estos son muy raros y no podrían modificar el sentido del conjunto del documento".

Los desciframientos efectuados por Mrs. Gallup, ayudante del coronel Fabyan en sus trabajos criptográficos, y la que ha descifrado la autobiografía de Bacon, han provocado algunas observaciones que el general Cartier cree necesario desvirtuar.

La más enérgica que nos muestra es la del señor Taco H. de Beer, miembro de la Academia Real Flamenca de Bélgica, que trata de la mayor superchería el desciframiento de Mrs. Gallup, porque un joven doctor en letras ha trabajado un año entero en descifrar textos según el método de esta señora y ha observado que ella añade o escamotea letras para llegar al resultado que se propone.

Para desvirtuar esta inculpación se refiere el general Cartier a un artículo de Mr. Frank Woodward sobre los trabajos de dicha señora y cita dos ejemplos que ponen fuera de discusión la buena fe de Mrs. Gallup. Descifrando esta señora "La Anatomía de la Melancolía", de Roberto Burton, descubrió allí una traducción inglesa de la Iliada que no se asemeja a ninguna versión conocida. Mrs. Gallup no conoce el griego y al decir de Mr. Woodward, quien quiera que conozca a esta señora,

reconocerá que es absolutamente incapaz de un fraude de esa naturaleza. Sabemos que Bacon, en su autobiografía, declara haber hecho traducciones del griego de los dos poemas de Homero.

Esta misma señora Gallup, al aplicar la clave de Bacon en una obra publicada por Rawley, en 1657, encontró allí la noticia de que en la cámara de Francisco, si se hacía rodar el *panneaux* 5 bajo el *panneaux* 50, se descubrirían allí manuscritos de Francisco Bacon. Este había vivido en la Torre Cannonbury, hasta el año 1619, y parecía poco probable que hubiera escondido allí papeles de importancia y todavía que Rawley hiciera alusión a esto 38 años después.

Sin embargo, la señora Gallup se trasladó a la Torre Cannonbury y, a pesar de los siglos transcurridos, pudo verificar allí el punto preciso indicado en el criptograma; hizo rodar el *panneaux* según los detalles prescritos, pero no encontró nada. Interrogado en seguida el intendente que guardaba la torre y que nada había visto de lo que hacía Mrs. Gallup, si al refaccionar el edificio se había descubierto algún escondite; el intendente, señalando el *panneaux* mismo que hizo rodar, dijo que al remover ese *panneaux* se había encontrado allí un gran agujero que el arquitecto había hecho rellenar. Esto lo atestigua el mismo Mr. Frank Woodeard que la acompañaba.

Nadie podrá suponer que Mrs. Gallup se pusiera al corriente de esta particularidad, sólo para hacer en seguida un desciframiento simulado.

Pero lo que a mi juicio hay de más curioso en las observaciones de Mr. Beer, es la última que acaba de enviarle al general Cartier para refutar lo afirmado por Bacon en su autobiografía.

Dice este señor: "El matrimonio de Isabel con Roberto Dudley no se efectuó cuando ella estaba prisionera en la Torre de Londres.

"A la edad de 17 años Isabel dió a luz un hijo. El padre era Lord Seymour, que se había casado con la viuda de Enrique VIII. Isabel hizo extrangular al recién nacido.

"Más tarde tuvo otros amantes.

"Cuando Francisco nació ordenó que se le estrangulara, pero Lady Bacon, que estaba en cinta, le rogó que le confiara el niño. De vuelta a su casa perdió su propio hijo, lo que le facilitó la adopción de Francisco".

Con razón dice el general Cartier que errores de este género parecen más bien ser favorables a la buena fe del descifrador.

Bacon declara que es hijo de Isabel, que su madre ordenó que se le matara al nacer, que Lady Bacon lo salvó y que su madre le había referido por sí misma su matrimonio con Roberto Dudley, verificado durante su prisión en la Torre de Londres. Lo creyera o no, él no podía ni debía desmentirlo y es muy natural que al escribir Bacon su autobiografía eliminara detalles que bien podía ignorar y que en todo caso eran inútiles para él y ennegrecían aún más la conducta de su madre, si es que estas aseveraciones son exactas, como lo supongo, desde que vienen firmadas por un miembro de la Academia Real Flamenca de Bélgica.

Del mismo modo desvirtúa muchas otras observaciones que le han sido hechas con respecto a la fidelidad de las versiones criptográficas. Por lo demás, publica láminas en que reproduce trozos enteros de textos inspeccionados por él para que sus lectores puedan verificar por sí mismos la exactitud de esos trabajos.

El general Cartier insiste en repetir que él ha podido apreciar la gran competencia técnica del personal criptólogo en cuyo medio Mrs. Gallup persigue metódicamente sus investigaciones y agrega: "todos los trabajos que llevan el sello del laboratorio de estudio que ha reunido esos desciframientos merecen entera confianza y elogios que me siento feliz de reiterar aquí".

En los trozos de la autobiografía Bacon dice: "No se ha puesto mi nombre jamás en pieza alguna, pero con frecuencia aparece en una cifra que los espíritus ingeniosos traducirán del latín y del griego".

Entre las curiosas comunicaciones recibidas por el general Cartier cita una de Mr. V. Dujols, profesor de literatura en París, en que hace notar que todos los seudónimos usados por Bacon, humanista eminente, son formas griegas de la palabra *puerco*. Bacon, como se sabe, significa tocino, en inglés.

Refiere también que Sir Edwin Durning-Laurence, en su obra titulada: "Bacon is Shakespeare", cuenta que en la pieza de éste: "Love's Labour's Lost" se encuentra la palabra *honorificabilitudinitatibus*, que consta de 27 letras, sobre la línea 27 de la página 136, y es la palabra 151

Esta palabra se encuentra también en una obra de Bacon.

Esta larga palabra es un anagrama que corresponde a la frase siguiente: "Hi Ludi F. Baconis nati tuiti Orbi", que, traducida al castellano, quiere decir: Estas obras de F. Bacon son conservadas para el mundo.

Como curiosidad, añade que dándole a cada letra el número de orden que le corresponde en el alfabeto de 25 letras utilizadas por Bacon, las letras iniciales sumadas con las letras finales dan el número 136 igual al de la página y sumando las letras intermedias, dan el número 151, número de orden en que ha sido colocada esa palabra en dicha página.

Sir Daring-Laurence estima que no puede hacerse otro anagrama con las 27 letras de esa larga y curiosa palabra que considera como una firma insertada allí por Bacon, destinada a los investigadores infinitamente ingeniosos, como para descubrirla e interpretarla.

Pero estos son trabajos de paciencia, que no tienen más importancia que la de contribuir a la confirmación de los científicos entregados a los criptógrafos. Sin duda que éstos llegarán a darnos la solución definitiva de este problema; pero mientras no sean desautorizados estos trabajos, como no lo han sido hasta aquí, a pesar del tiempo transcurrido y de la publicidad que se les ha dado, tenemos derecho para creer este descubrimiento perfectamente exacto. Por lo demás, esta convicción nace de la veracidad que se desprende de los documentos mismos y de la confianza que inspira el trabajo serio y honrado de sus descifradores, controlado y garantizado por Mr. Cartier, criptólogo y general de la República francesa.

Esa autobiografía ha dormido, pues, un sueño de tres siglos, hasta que la varilla, mágica del descifrador, como en los cuentos de hadas, la despertó y la ha entregado a todas las incertidumbres y desconfianzas que suscitan siempre los aparecidos. Se siente, sin embargo, la verdad en el acento de Bacon y hasta en su interés supremo, porque se conozca todo lo que se refiere a su nacimiento y a los detalles de su propia historia; lo que repite una y otra vez en diversos criptogramas, como si temiera que esto pudiera pasar inadvertido y hasta se empeña en afirmar que su principal interés al escribir en esa clave, ha sido

que aquello no quedara desconocido.

Es doloroso pensar que este hombre extraordinario, tan golpeado por la suerte, que puso erradamente toda su ambición en adquirir rango y honores, fruto siempre del favor humano, sólo después que luchó y sufrió humillaciones y quebrantos, recogió la amarga experiencia de que aquello en que había puesto su alma entera no era más que vanidad de vanidades, y todavía se refugió en la esperanza de alcanzar la gloria con que soñaba en un lejano porvenir.

Su mente poderosa y ese don extraordinario, que poseía en grado supremo, de prever las transformaciones del tiempo, le permitió adivinar que sus obras de teatro, que no se atrevió ni a firmarlas, por no decaer en la estimación de los hombres de su época, podían darle más tarde la inmortalidad que anhelaba, y puso entonces todo su empeño en revelar al mundo futuro que esas obras que él mismo había reunido, eran exclusivamente suyas, seguro de que su nombre sería venerado por la posteridad. Visión genial, marcada con el sello indeleble de su fe inquebrantable en el descubrimiento de la verdad.

Algunas personas que consideran a Bacon grande entre los grandes con sólo las obras que llevan su firma, se asustan ante la idea de la altura tan maravillosa a que llegaría la personalidad de este hombre si se le adjudica, además, como suyo, todo el teatro de Shakespeare.

Cuando me encontré en Roma delante del Coliseo, me sentí sobrecogida contemplando aquel soberbio monumento, prueba evidente y magnífica de la superioridad de aquella raza gigantesca, capaz de una concepción tan grandiosa, y de ese esfuerzo soberano.

Del mismo modo, al verme delante de un coloso como Bacon, tan culminante por la universalidad de sus conocimientos y el vigor de sus convicciones, como por la excelsa fantasía de su poética imaginación, y por el horizonte secular que domina su mirada genial; me incliné reverente ante esta manifestación prodigiosa de la potencia infinita de la mente humana.

Hemos visto ya las dudas que manifiesta un historiador y crítico de la severidad de Hallane, en vista de la discrepancia absoluta entre la preparación y la vida misma de aquel "actor" vulgar de un teatro de Londres, y su obra

trascendental que revela condiciones muy superiores a las que se descubren en su persona.

Hemos visto que la indiscutible competencia de Macaulay le asigna a Bacon condiciones prodigiosas de imaginación, hijas tal vez de las vicisitudes de su vida en medio del mundo visionario en que se formó.

Recorriendo su propia historia, hemos visto que esas mismas condiciones le permitieron conocer las luchas de la vida en todo su rigor; los desengaños más profundos y hasta el ambiente nauseabundo de las prisiones. Por otra parte, pudo penetrarse íntimamente de las grandezas y miserias de las Cortes; de las intrigas de los palacios; del juego de las pasiones que allí se desarrollan; y, sobre todo, de las grandes tragedias morales y políticas que se sucedieron en los reinados de Enrique VIII y que mancharon ante la posteridad el glorioso nombre de Isabel; mundo entero que se pinta con viveza sin igual en el teatro que lleva el nombre de Shakespeare.

Se descubre, por fin, la declaración personal del mismo Bacon, que afirma que son suyas todas las obras que llevan ese nombre y explica las razones que lo han obligado a mantenerlas encubiertas por esa máscara.

Más aún; hemos escuchado el acento solemne y magnífico con que se declara de estirpe real; los tiernos y dulces pensamientos con que evoca sus recuerdos de amor; el grito de angustia con que lamenta su obligada participación en la condena de su hermano; el

amargo desencanto y su resignación sublime al verse despojado por su madre de todos sus derechos. ¿Podríamos dudar de la sinceridad de su palabra?

Tenemos todavía la aseveración autorizada que declara perfectamente fidedignos los desciframientos de la clave que ocultaba esa confesión.

Qué más se puede exigir para reconocer que Bacon es el autor del Teatro de Shakespeare. ¿Cabrán dudas todavía? No parece creíble. En todo caso, esperemos.

Pero no defraudemos, así no más, las justas expectativas de este hombre tan grande como desgraciado, que tuvo sus caídas, pero cuyos afectos más íntimos, aquellos que nos sostienen y alientan en la vida, fueron para él gémenes de dolores, de desencantos y hasta de inquietudes y zozobras. Su madre le negó su cariño desde el momento de nacer, lo privó de su nombre y le arrebató sus derechos legítimos para él, a la corona de Inglaterra. La mujer que amó, no pudo ser suya. Su esposa lo abandonó en el momento más doloroso y más trágico de su vida y no le dió hijos. Bien se comprende que redujera todo el amor de su alma a esos hijos de su espíritu, a quienes también él había dado un nombre ajeno, y concentrara todos sus esfuerzos en reconocer ante la posteridad a esos hijos queridos, orgullo de su vida, y a legarles su glorioso nombre.

Martina Barros de Orrego.

Abril, de 1923.

NOTA

Diversas opiniones emitidas respecto a Shakespeare y sus obras

Lord Palmerston (1784-1785) tenía la costumbre de decir que se felicitaba de haber vivido lo bastante para ver tres cosas: la reintegración de la Italia, la revelación del misterio de la China y del Japón, y la destrucción de las ilusiones shakespereanas.

Lord Houghton (1800-1885)—refiriendo las palabras de Lord Palmerston, decía al doctor Appleton Morgan que él ya no consideraba al actor Shakespeare como autor de los dramas.

Samuel Taylor Coleridge (1772-1834)—escribía: "Preguntad a vuestro corazón y a vuestro buen sentido si es posible concebir la posibilidad de que el autor de esos dramas sea el genio bajo y vil, objeto de nuestra crítica diaria. Cómo! ¿debemos creer en milagros? ¿Escoge Dios a los idiotas para transmitir a los hombres las verdades divinas?"

John Bright (1811-1889)—declara: "Todo el que crea que William Shakespeare de Stratford on Avon, ha escrito Hamlet, o Lear, es un hombre sin juicio. "El Rockdale Observer" refiere que John Bright estaba furioso con que las gentes pudieran creer que Shakespeare hubiera escrito Otello.

Ralf Waldo Emerson (1803-1882)—dice: "Mientras se trate de talento y de potencia intelectual, el mundo no tiene otro igual que mostrar... El veredicto egipcio de las Sociedades Shakespereanas llegan a la convicción de que él era un actor jovial y un administrador. Yo no puedo unir este hecho con sus obras".

John Greenleaf Whittier (1807-1882)—declara: "Que Bacón haya escrito o no esos dramas sorprendentes no quita que yo esté completamente seguro de que el hom-

bre Shakespeare no los ha hecho ni los pudo hacer".

Dr. W. H. Furness (1802-1891)—escribía a Nataniel Holmes en una carta del 29 de Octubre de 1866: "Yo soy de esas numerosas personas que no han podido aproximar jamás la vida de Shakespeare con sus dramas a una distancia planetaria. ¿Hay en el mundo dos cosas más incongruas? Si los dramas hubieran llegado anónimos; si la tarea de descubrir a su autor hubiera pertenecido a las generaciones que les han sucedido, estimo que no tendríamos otra persona que Francisco Bacon a quien discernir la corona. En este caso, ella reposaría hoy sobre su cabeza, con acuerdo casi unánime".

Mark Twain (Samuel Langhorne Clemens, 1835-1910)—escribía: "Podemos imponernos de las biografías de todas las celebridades mundiales, a excepción de una sola, con mucho la más colosalmente prodigiosa: Shakespeare. De él no se puede descubrir nada, ni de la más leve importancia; nada que valga la pena recordarse; nada que indique siquiera de lejos que él fué otra cosa que una persona vulgar, un mayordomo, un actor de baja esfera, un pequeño comerciante de una pequeña aldea que no lo consideraba como personaje de importancia y que lo olvidó antes que se hubiera enfriado en su tumba. Podemos encontrar todo lo que concierne a la historia de cada caballo de carrera, célebre en los tiempos modernos, pero no de Shakespeare. Hay muchas razones para ésto y han sido suministradas por carretadas (suposiciones y adivinaciones) por esos trogloditas; pero hay una que vale más que todas las demás reunidas y es más que suficiente por sí sola para desvirtuarlas todas: no hay historia alguna digna de ser conservada. No hay medio de escaparse de esta formidable afirmación. Esto significa con toda claridad para todos menos para esos rufianes (no empleo este término malamente) que Shakespeare no tenía notoriedad alguna mientras vivió y que no tuvo ninguna hasta dos o tres generaciones después de su muerte. Por el contrario los dramas gozaron de una gran celebridad desde que aparecieron.

El Príncipe de Bismark (1815-1898)—decía que no podía comprender como un hombre aunque fuese dotado de las intuiciones del genio, podía haber escrito lo que se atribuye a Shakespeare, sin haber vivido en contacto con los grandes negocios de Estado, en las interioridades de la vida política

y además en relación íntima con las cortesías y refinamientos de ideas que en los tiempos de Shakespeare no podían encontrarse sino en la más alta sociedad.

Le parecía también igualmente increíble que el hombre que había escrito los más grandes dramas de la literatura mundial, hubiese podido retirarse libremente y mientras estaba aún en el primer período de su vida, a un lugar como Stratford on Avon y vivir años allí separado de toda sociedad intelectual y sin contacto con el mundo.

Lord Beaconsfield pone la frase siguiente en boca de uno de los personajes de "Venecia": "¿Quién es Shakespeare? Sabemos tanto de él como de Homero. ¿Ha escrito la mitad de los dramas que se le atribuyen? ¿Ha escrito siquiera un solo drama entero? Lo dudo".

James Russell Lowell designa al célebre autor como: "la aparición conocida de los modernos con el nombre de Shakespeare".

Oliver Wendell Holmes escribe: "No me sorprendería encontrar-me con Mrs. Pott y Juge Holmes, del lado del filósofo y en contra del actor".

Mr. Gladstone decía, con su reserva característica: "Considerando lo que era Bacon, he creído siempre completamente sería y respetable la discusión".

* La clave de Bacon explicada en detalle en su libro "Advancemet of Learning" consite en el empleo de dos clases diferentes de caracteres tipográficos, por ejemplo, caracteres itálicos, caracteres romanos.

Para efectuar el desciframiento, hay que comenzar por establecer a que clase de caracteres tipográficos pertenece cada letra. Agrupadas así todas las letras del texto en sólo dos categorías, se designa por *a* toda letra de la primera categoría y por *b* toda letra de la segunda categoría.

La combinación de cada cinco letras corresponde a una letra de la escritura en clave conforme a la siguiente convención prefijada en el libro de Bacon, ya citado:

A aaaaa	I abaaa	R baaaa
B aaaaB	K abaaD	S baaaB
C aaaba	L ababa	T baaba
D aaabb	M ababb	V baarbb
E aabaa	N abbaa	W babaa
F aabab	O abbab	X babab
G aabba	P abbbA	Y babba
H aabbb	Q abbbb	Z babbb